

Álvaro Miranda*

La primera persona que dio a conocer con amplitud el nombre de Lecumberrí por este lado del mundo, fue don Álvaro Mutis. Ahí, en la palabra del poeta, el signo del miedo: "El miedo de la cárcel, el miedo con polvoriento sabor a tezontle, a ladrillo centenario, a pólvora vieja, a bayoneta recién aceiteada, a rata enferma, a reja que gime su óxido de años, a grasa de los cuerpos que se debaten sobre el helado cemento de las literas y exudan la desventura y el insomnio".

Cuando el lector desprevenido leía por primera vez lo que era la prisión conocida popularmente en México como El Palacio Negro de la muerte, regresaba al lugar del olvido, al limbo donde han caído las noches primitivas, al lugar donde alguna vez surgió la desesperanza del hombre. Al inicio de los años 60 algunos muchachos que por entonces teníamos veinte años, hacíamos la pri-

mera lectura del *Diario de Lecumberrí*. Se podía estar en cualquier universidad del altiplano de Bogotá, donde la carrera de derecho insinuaba envejecernos por esa casposa mentalidad que brota de cualquiera de los códigos. Allí, en el barrio Santafé, en ese viejo edificio de la Universidad Externado de Colombia, para los que estábamos equivocados con la escogencia de la carrera de leyes, existía un único respiro: poder hablar por encima de articulados y párrafos, de poesía y poetas. Uno de aquellos estudiantes era un joven bogotano, alto y de gafas contra la miopía que usaba chalecos de lana y que al hablar de Álvaro Mutis o de Juan Rulfo alrededor de una mesa de cafetería, cualquiera que lo escuchara entendía de inmediato que había leído todos los libros del mundo: se llamaba Juan Gustavo Cobo Borda. El segundo era un muchacho robusto de sandalias y camisas tropica-

les que en nada rimaban con los fríos de Bogotá, y que a pesar de su pronunciación de hombre nacido en las sabanas caribes de Córdoba, parecía un vikingo criollo venido a menos: el poeta Raúl Gómez Jattin. El tercero era yo. Álvaro Miranda, un samario desarraigado de su tierra natal que a disgusto abría los códigos porque mi padre de buena gana tuvo a bien sugerirme repetir su historia de abogado, una profesión para mí desalentadora. Mientras los tres hablábamos y comentábamos de las historias guardadas en el *Diario de Lecumberri*, a muchos kilómetros de nosotros, en Ciudad de México, el presidio seguía existiendo con sus terribles dramas. Por algún lugar de sus paredes debía estar la sombra escarlata de Salvador Tinoco, "el Señas" y todos los demás como Ramón el peluquero, "el Ford" con sus ojos rojos de sangre, el "Jarocho", el "Tiñas", "el Tintán" Pedro el de la Tienda, "el Chivatón" de Luis Almanza, que irían cayendo arrastrados por la muerte, por haberse inyectado heroína falsificada que alguien les estaba vendiendo clandestinamente. En el relato de Mutis sobre Lecumberri habíamos

encontrado toda la concentrada esencia malévola del hombre. Era como si allí se archivara para el conocimiento y no para el olvido, toda una serie de corazones que a pesar de estar encerrados en los pechos de los presidiarios, se abrían para el beneplácito de una rata enferma que estaba dispuesta a devorarlos. Y así era, así se vivía en la crujía de Álvaro Mutis conocida como la de "los influyentes" o "cacarizos": un día llegó al lugar de "los influyentes" un preso llamado Abel. Su característica más sobresaliente era la de "limpieza y de nitidez desagradable". Abel era un avaro, un hombre de cuya celda corrieron tras él tres grandes ratas de color pardo y que una vez cumplida la pena, tuvo que ser sacado a la fuerza por no querer pagar su fianza que le daría la libertad. Cuando logran sacarlo con la ayuda de dos camilleros, el hombre había sufrido una enorme transformación: "La piel se le pegaba a la cara como un gris papel de feria desteñido por la lluvia, los ojos hinchados por la humedad sólo dejaban ver una materia rojiza y viscosa que se movía continuamente y de sus gestos luteranos y entusiastas quedaba apenas

un temblor de animal acosado". En la vida presidiaria de Abel el avaro estaba archivada toda la historia que de igual modo halló Mutis cuando vio en ese ser a un personaje de Balzac.

Cuando los demás presos de la crujía tuvieron la oportunidad de conocer la celda del avaro que siempre permaneció cerrada y con llave mientras su dueño estuvo en reclusión, encontraron los instintos más rastreros del ser humano: "En una gran cantidad de bolsitas de papel, de esas que usan en las tiendas para vender azúcar y arroz por kilos, había guardado pedazos de pan que tenían ya una rigidez faraónica, trozos de carne que apestaban horrendamente y otros alimentos cuya identidad había cambiado ya varias veces por la acción del moho y del tiempo. Las ratas corrían por entre las bolsas de papel, con el desasosiego de los perros que pierden a su dueño en una aglomeración callejera".

Con el paso de los años mi obsesión por conocer a Lecumberri se pudo cumplir.

El 8 de junio de 2003 hice mi primera visita en compañía de Adriana. Realizaba mi Residencia en Literatura

en el D.F. Estaba decidido a acabar con todos esos fantasmas que desde mis épocas de estudiante había conocido en esa caja de Pandora que Mutis había perfeccionado a través de su escritura. Había que buscar en el Palacio Negro a Rigoberto, "el tierno asesino" que cuidaba a los niños que iban jueves y domingos de visita a la prisión, el mismo ser que confesó muchas veces que no menos de 30 de sus muertos se los había "echado" en Lecumberri. Uno de los que se había salvado de su mano asesina de cuidador de infantes, había sido Pancho el panadero, a quien el pro activo criminal tuvo que sacar de la puerta del horno gracias a que en ese momento se da la llegada de una hermana de la víctima, pues de lo contrario hubiera pasado de oficiante de panadería a carne achicharrada. Como viajeros, la ciudad de México nos era aún desconocida. Vivíamos en Santa Úrsula Coapa y gracias a Santiago Croes y Morelia Montes, nuestros anfitriones, todos los días recibíamos de ellos, sobre hojas arrancadas de cuadernos, un croquis guía para que pudiéramos llegar con facilidad a cualquiera que fuera nuestro

destino. Una vez aclarado el derrotero, nuestra brújula comprada en Coyoacán señaló el noreste, un poco más allá del centro histórico.

Tomamos el tren ligero desde Textlitlán hasta Tasqueña. El transbordo al metro se hizo de inmediato. En cuestión de minutos la pesada máquina nos colocó en la estación San Lázaro. Allí, la ciudad parecía volverse más tensa, más irreconocible para nosotros los viajeros. Una luz tenue enredada en el amago de lluvias quedaba presa sobre esas avenidas que se agitaban entre autos que iban y venían en medio de bocanadas de olores y colores. Había que preguntar a dónde debíamos dirigir los pasos. El pequeño mapa cumplió su misión guía de orientación, pero la dirección había sido desbordada por la inmensidad del lugar: "Eduardo Molina y Albañiles s/n. Colonia Penitenciaría Ampliación. Delegación Venustiano Carranza", y al final el código postal 15350, México, D.F., como si por eso de la casualidad nos topáramos con algún cartero. Y todo ese caminar, todo ese sorprenderse con el metro anaranjado que pasaba por lo alto de la avenida sobre esos

rieles curvos que lo llevan a un destino ordinario que conocía el conductor, me hizo pensar que muy pronto veríamos el cadáver del asesino tierno de Rigoberto, al que le había tocado su turno, pero a la inversa, de victimario a víctima y que tal vez, pronto, contempláramos su cuerpo de piel amarilla y fofa, relamido por la muerte que lo hace flotar entre aguas derramadas por una puerta entreabierta de un baño del Palacio Negro de Lecumberri. Rigoberto, sí, con su pecho al descubierto y sobre el corazón el tatuaje de "una mujer desnuda con la cabeza de un gato en el lugar del sexo". Pero a medida que nos acercábamos a uno de los costados del que fue alguna vez el Panóptico, comprendimos que el golpe con la historia iba a ser fuerte. En el costado sur de la edificación están unos cuantos árboles. Era algo así como si la arboleda hablara para decirnos:

—Nos han plantado aquí como para que embellezcamos y tapemos el orgullo de la piedra. Detrás de los altos árboles un imponente edificio de dos pisos, en listones de piedra horizontal, sobre esa roca estirada, se levanta la cristalería de las ventanas. Rectangulares

arcos parecen encerrar en ellas un cielo repartido que semeja pozos oscuros. Y ahí, adentro, en el reflejo de esos pozos, el movimiento verde de las hojas. Una cuadra adelante desaparece la pequeña floresta y el castillo saca pecho con su frente principal. Esta parte de la fachada es la que a través de sus dos torres a los extremos y su espadaña en el centro, habla del castillo, del palacio. A medida que caminamos sobre las losas negras del andén, se aprecia mejor la magnífica alzada de un edificio que se ha hundido de modo notorio con una seguridad pausada en el conjunto de sus bases. Da la impresión de que un monstruo subterráneo quisiera llevar bajo tierra a este coloso que ha detenido su descenso frente al pavimento de la calle, para erguir recto e insolente su trazado. Frente al actual y ancho portón de entrada en el eje central de la misma edificación, entendí que en ese aire de formas venidas del pasado, hay mucho de prisión, de castillo kafkiano, porque, por encima de su nueva historia, la de ser ahora el remodelado Archivo General de la Nación de México, durante décadas de sufrimiento infinito se acumuló

un sinnúmero de episodios que en cierta medida explicaban lo que entiende una sociedad por trigo y cizaña.

Hablar del Archivo General ya es otra cosa que hablar de la prisión de Lecumberri. Sin embargo, la identidad del edificio para los dos casos no subtrae su construcción y lo que dejó la vida acumular en el interior de sus paredes. Esa es su personalidad arquitectónica aunque su fin como panóptico en 1976, toma otro sentido como fiel guardián de la memoria documental de la nación.

En la articulación de los siglos XIX y XX, el que aparece sobre esta entrada bisagra es el general Porfirio Díaz, ese hombre de grandes mostachos blancos que embelleció a México con chispas que brotaban del tranvía eléctrico, con el desagüe del valle de México y la Penitenciaría del Distrito Federal, entre otras obras. Ahí, en todos los lados estaba el hombre que recibía en múltiples inauguraciones un palustre de albañil en metal de plata, presto a colocar la primera piedra de la columna de la Independencia que sería inaugurada con todas las pompas en 1910, cuando la nación cumpliera sus primeros cien

años de vida independiente, o navegar en las aguas del nuevo lago artificial del bosque de Chapultepec. La ciudad de México era entonces una de las primeras que veía desaparecer de sus calles ese bosque muerto y lineal de postes que sostenían los cables eléctricos. Pero con Porfirio Díaz las cosas eran a otro precio. Aparece la Compañía de Gas y Luz Eléctrica introduciendo el cable subterráneo por la urbe. Era como si México finisecular comenzara a despertarse para mostrar su grandeza, sus posesiones artísticas que atropellaban el lujo al sobresalir desde siglos en sus magnánimas residencias, templos, balaustradas, mansiones de abolengo, y esa Catedral cuya construcción en piedra se convertía en un lugar para que el reino de los cielos se sentara. En esa competencia terrenal por lo divino y lo humano, don Porfirio con su porte de dictador bonachón, lleno de medallas en el más alto rango, sentado sobre su silla de terciopelo rojo y brazos de laminilla dorada y en cuyo espaldar se halla renuente a volar un águila en madera con una serpiente en su pico. Detrás de él, del presidente reelegido,

sable en mano, sus once —no doce pues Judas no estaba visible— oficiales militares del Estado Mayor con botas mediacaña, casaca verde, botones y cordones dorados y en sus hombros las charreteras como cascada de una luz insípida. Afuera, en la intemperie de los días del común y corriente, la gente del pueblo, las mujeres de abajo en conversación familiar en un Día de Muertos en el panteón de Dolores, con sus enormes pollerones, con sus mantillas en la cabeza, sentadas en tranquilidad total sobre la calle de tierra donde, los otros, sus congéneres del pueblo, caminan con sus enormes sombreros o de vez en cuando alguien, tal vez una niña de trenza, alza abierta una sombrilla negra para protegerse del sol. Pero la vida también tenía otros trazos en México. La gente de la aristocracia aún encontraba agradable ese centro urbano que giraba al rededor de la plaza de la Constitución. Entre los hoteles, los restaurantes o la Casa de los Azulejos, el chisme se mezclaba con la elegancia diaria de banquetes, tés y *garden parties*. Qué elegante es la sociedad porfiriana cuando está de gala para asistir a algún evento. Ellas, al igual que

las mujeres del pueblo, tienen vestidos largos; desde luego, la calidad de las telas hace la diferencia, la moda establece el fino perfil, y el porte y la sonrisa en los labios la distinción de clase.

Hombres y mujeres en pose inmortal de fotografía se han situado sobre unas escalas. Lucen sus bellos sombreros llenos de plumas. Sus acompañantes, los varones, al unísono, con sus mostachos de semejanza presidencial, hacen rigor al negro de su frac.

Para ese encuentro de dos siglos, el que se marcha y el que llega, el mundo se va a acabar; como quien dice, a pesar de estar casi finalizada la construcción de Lecumberri, nunca se podrá inaugurar.

El anuncio se ha hecho desde la imprenta de Vanegas Arroyo, calle de Santa Teresa, número 1 (hoy Guatemala). El grabado que acompaña la hoja volante donde se premoniciona la hecatombe, lo realiza Guadalupe Posada. El entintado del cielo oscurecido se ve de pronto iluminado por una lluvia de estrellas. La escritura es apocalíptica: "La destrucción del mundo. Grandes lluvias de exhalaciones para los días 13, 14, 24 y 27 de noviembre de 1899. ¡Ahora sí que

se va de veras! Irremisiblemente se va a acabar el mundo. El día 13 de Noviembre del presente año de 1899, será el primer fenómeno, el primer incendio en las regiones atmosféricas". Una vez situada con precisión la fecha del acontecimiento, se recurre de inmediato a la autoridad de la ciencia para que nadie dude lo que se dice: "La ciencia ha dado ya la voz de alarma: todos los observatorios de la República se hallan listos, así como los aparatos perfeccionados de fotografía para recibir como es debido, el maravilloso fenómeno... el cielo se incendiará espantosamente, es decir, habrá una batalla nutridísima, una lluvia compacta de exhalaciones de fuego y meteoritos incandescentes y si, como es probable, varios de estos meteoros caen hasta la Tierra, ¡cataplum! se producirá un horrible temblor". Desde luego el cataplum que se originaría de las lluvias de exhalaciones, nunca sucedió y desde luego tampoco las exhalaciones. México resistiría más años como para que el presidente Porfirio Díaz pudiera ser reelegido e inaugurar su prisión.

Para el 30 de septiembre del año cero de la nueva centuria se conclu-

ye un largo periplo de construcción donde "El edificio alcanzó un costo de \$2,396,914.84 y ocupaba una superficie de 32,700 metros cuadrados y entre diversos departamentos contaba con 742 celdas que podían albergar a otros tantos presos". El presidente Porfirio Díaz hace, como es de costumbre, presencia a la obra que ha de inaugurarse. Hay muchos discursos; pero las palabras magistrales que quedan para el recuerdo las entona Miguel Macedo, quien encabezó el órgano colegiado de la Penitenciaria y fue su primer director. Él, de modo premonitorio sabía lo que se acercaba para el presidio. Sabía de los rudos silencios que iban a soportar las generaciones de condenados. Y así fue: el silencio del desamparo comenzó a reinar una vez se cerraron los actos ceremoniales de la inauguración.

Se necesitó el correr de un poco más de siete décadas y seis años para que desde el domingo 1 de agosto al jueves 26 del mismo mes del año bisiesto de 1976, se produjera la desocupación de Lecumberri y por lo tanto, en el último día mencionado, se iniciara su segundo y gran silencio. El jefe de Vigilancia

le rinde al último de los directores su parte de "sin novedad". En la página sobre movimiento de población aparece que no hay reclusos. Así escribe Sergio García Ramírez, el autor del libro *El final de Lecumberri* y su último director: "En sus patios, celdas y crujiás, en sus talleres abandonados, entre sus altas rejas, bajo los garitones solitarios, en las 'cuadras' de la vigilancia, en los accesos a los juzgados, en las capillas y fuentes, ante las puertas selladas de los 'apandos', bajo los trozos del cielo azul de la tarde, que sólo se ensanchaba en el campo deportivo, entre los pabellones para alienados, en las aulas de la 'Venustiano Carranza', en el polígono temido, había solamente silencio".

La voz encerrada, la que se opondría al silencio, la que seguiría hablando de crímenes y abusos cometidos en el interior de Lecumberri y que quedaría como testimonio escrito, se encontraría para siempre, en *El apando*, en la obra del mexicano José Revueltas, ese gran escritor, tantas veces preso por sus ideas marxistas y que según su compatriota y novelista José Agustín, de su alucinante novela *El luto humano*, Juan Rulfo

abrevó. El silencio físico que había proporcionado el desalojo, duró muy poco. Muchos creyeron que al edificio caído en mutismo sólo le quedaba esperar que el paso del tiempo siguiera cayendo en sus paredes. Pero no fue así. De pronto, llegó la pica a crear la música del deshecho. "Desde mi despacho de la dirección —vuelve a decir el último director— se escucha el ruido de la piqueta: instrumento hecho para nuestras manos. Con él hemos arruinado el patrimonio material de México. Con él hemos zanjado querellas históricas. La piqueta no nos abandona. Para enterrar las ideas del adversario, demuele sus edificios". Sin embargo, la demolición se detuvo. El tercer silencio en el Lecumberri comienza con el historiador Eduardo Blanquel, según cuenta Jorge Alberto Manrique en "De prisión a institución cultural", Blanquel fue el primero en entender que se iba a cometer un nuevo crimen con la destrucción de aquella joya arquitectónica de la era porfiriana. La polémica de inmediato se dio entre funcionarios, arquitectos, defensores del patrimonio arquitectónico, hasta que el presidente Echeverría desde su casa de gobierno en

Los Pinos dijo ante los que propiciaban su rescate: "Detesto Lecumberri, pero si ustedes que saben dicen que hay que conservarlo, conservémoslo".

La entrada que hice con Adriana en México al nuevo Archivo General de la Nación, fue gloriosa. Ahí, a nuestro alrededor, la presa era la historia. Para darle libertad a esos archivos donde se halla atrapada, hay que hacer lecturas documentales y una nueva y pública escritura interpretativa. Se requiere caminar por el corredor de la entrada llamado Sala de Banderas y llegar donde está ella, la historia en silencio, guardada en sus anaqueles donde antes vivieron su miseria los presos. Quien se pare ahí comienza a entender que se encuentra en uno de los ocho brazos que dan existencia a la estrella interior del edificio. En el centro de la estrella está ese gran círculo que ordena en armonía las siete galerías que nunca más se llamaran crujiás y nunca más servirán para albergar presos sino memoria fatídica u optimista, pero siempre memoria. Sobre el cielo donde antes estuvo la torre de hierro de vigilancia del penal, se halla una enorme cúpula de cristal por donde la luz ha

arrasado con todo lo negro. El piso brilla ahora como si se tratara de una pista de hielo. Se comprende, que en medio de todo el silencio que gira alrededor de una institución donde sobreviven los secretos escritos de México y de otras partes del mundo, debe haber una gran maquinaria para poner en funcionamiento esos 322 fondos documentales que se han recogido a lo largo de cinco siglos de existencia. Aunque hay olor a viejo sólo en los documentos, pocos

saben que entre esas exhalaciones que alguna vez pronosticó Guadalupe Posada en sus grabados sobre el fin del mundo, la única que subsiste fue la dejada en 1790 cuando en la Colonia el segundo conde de Revillagigedo, Juan Vicente Güemes Pacheco, propuso la creación del Archivo al ministerio de Gracia y Justicia de España. Desde entonces para acá la historia condenada a no ser olvidada, buscó y buscó hasta hallar su casa por encima de tres silencios.



* Poeta y narrador colombiano.